

C.V.

Hoy deliro de mala manera. Estoy lleno –hasta por dentro de los huesos húmeros– de arañas peludas, las que en los últimos siglos pasados en París –las arañas no me dejan percibir correctamente el transcurso del tiempo– se han ido multiplicando y creciendo, y al menor descuido comienzan a torturarme. No doy más.

Hace unos días debí irme de entrevista para postular a un trabajo –soy un parado, un cesante. Ya en el metro, ahogado por la corbata degradante y empaquetado en mi terno color marengo, me percaté que las peludas estaban en acción. El resultado fue llegar a la cita frenético, descontrolado. Mi corazón es el lugar predilecto de las alimañas: allí se junta a ver como decaigo.

Mi corazón, digo, era en ese momento una batahola de huemules en celo. Estuve a punto de desmayarme durante la entrevista –para peor, con un señor llamado Miccione. Le macabro vino cuando el interrogatorio pasó de mi rudimentario francés a mi casi inexistente inglés –en mi C.V. juraba hablarlo– y hube de defenderme no sólo de las ironías del arrogante Miccione, sino también de las arácnidas miserables. Por supuesto, fracasé.

Igual me aconteció en primer –y único– encuentro logrado con Charlotte, la bella *gauchiste* que se cambió de nombre –Chantal le parecía reaccionario. Llegó a la cita tan pequeña, perfecta y luminosa, que no pude armar la menor frase y me tiré el líquido verdoso del *diabolo-menthe* a la cara, mientras mis tripas crujían con sonidos ominosos. Mi ridiculidad fue tal, que por solidaria se sintiera Charlotte, pretextó espantada un compromiso urgente y partió dejando un halo de suave perfume... más el brillo de sus ojos verdes. Y a mí como un paquetón abandonado en la dura silla vienesa del “Café de Flore”.

Odio el hábito de las arañas peludas de manifestarse cuando más necesito estar tranquilo, controlado, frío.

(Pido pega. Puesto público / proyecto privado; papel pasivo / perfil pujante. Postergo preferencia. ¿Poca paga? Perfecto. ¿Posición principal? Prescindible. Pregunto para percatarme por probabilidad, por pigmea pudiera parecer; pero personajes presuntamente partidarios poseen poder precario. Peor: pérfidos pusilánimes presentan parca pelea porque proveo poca plata –poseo peculio pequeño. Piden perlas, pendientes preciosos, pieles, pomos perfumados. ¡Pontífices podridos, pordioseros ponzoñosos, perjuros! ¿Promesas? Puros pedos. Presumo predominan pequeñeces personales: pasividad política, pésima pinta, posición precaria, poca perseverancia. Perezco putrefacto por pereza permanente. Pero persisto porque puedo prodigarme para perpetrar pasiones pecaminosas, prohibidas para pecatos, padecidas primero por protestantes, proxenetas, prostitutas, pederastas).

Me gustaría saber como hacerlas salir. A las arañas. Muchas veces me siento a pensar al atardecer, cuando las bellacas, tranquilas, se dedican a peinar sus peludeces, a

aceitar sus articulaciones para la noche. Yo, arrullado por un interminable cuarteto de Webern, reflexiono y concluyo que la solución para expulsarlas pasa por saber cómo entraron. Digo entraron porque una vez tuve la revelación de haber estado, en cierta etapa de mi vida, libre de su presencia abominable. Pero de esto hacen añares y yo creía en muchas cosas, y juraba que iba a ser astrónomo o arqueólogo, y que la contemplación relajada de lo bello llenaría mi futuro.

Las arañas penetraron con alguna decisión. Al parecer, toda decisión implica abrir un pasaje oculto en nosotros, algún socavón invisible por donde entran –¿y salen?– olores, sabores, formas y texturas. Pero junto con eso, con lo sublime, suelen colarse los terrores, las fetideces, la fealdad. Mis arañas peludas son una forma tangible, pragmática, del mal.

(Pretendo primar paciencia, pero puedo ponerme poseso por prescripción popular & proletaria. Palitroques prepotentes: perderán penosamente propias posesiones. Probarán puercas pudriciones, pus, porquerías. Pálidos, pedirán perdón. Presiento proclamarán penitencias, pagadas peso por peso pasando por parroquias. ¡Patrañas pueriles! Pistola, potro, paredón, prisión, pilar, parecen perfilarse por poniente. Poco podré perdonarles. Perros pulguientos. Pavorreales presumidos. Primates pestilentes. Prodigan pistones, pitutos, pero puramente para parientes pedigüeños, para pitucos poderosos... Perdón por proferir, porfiado, perorata panfletaria. Permítanme participar placeres. Púdrome. ¡Pega pronto, por piedad!).

Así paso las tardes, pensando, sintiendo como mis sesos sangran, buscando la forma de liberarme de la loca vibración que me recorre interiormente. Nunca las podré hacer salir, me temo. A las arañas.

Por ahora procuro apaciguarlas, adormecerlas con algunas músicas arrancadas a la polución. Tal vez la contemplación reiterada, adolorida, de un angelito quiteño, o la lectura fugaz aunque intensa de un poema del otro Pablo, me permitan producir el milagro –la reacción química apropiada, la resolución dialéctica de la contradicción, la diferencia de voltaje que provoca la descarga –y me salve. Pero intuyo que no será así. Las arañas peludas se irán sólo con un cataclismo.

En fin, en este día de decisiones, desocupado, solo, invoco a la Santísima Trinidad –Curly, Larry & Moe– y me regocijo por los pocos pecados cometidos. Parado en esta piedra, astroso, espeluznante, a la orilla del Sena contemplo como el río arrastra la conciencia de la ciudad, hecha de lobos abrazados. Siendo el sonido de mi pelvis allá abajo, y más abajo, veo papelitos, clavos, cerillas. Lloro por mis propios ayunos y por mi arañas putísimas. Te digo, C.V.: “Bajo a morir contigo, hermano, en este París sin aguacero”.

(Pétalos pétreos para poetas perdidos).